

En fin que, digámoslo en el mismo metro calcañil:

No se puede hacer caso de ciertos vates,
Porque no dicen nunca más que dislates.

Pero el vate calcañesco añade todavía más... desatinos.

Porque dice que

«Baja el cabello de oro por sus espaldas
Iluminando el cuerpo...»

Y como si esto aún no fuera bastante, añade que el cuerpo «brilla»; pero no así como quiera, sino que *brilla en suma*, que es una manera de brillar desconocida, si se quiere, pero necesaria para aconsonantar con *espuma* y con *bruma*.

. *En suma* (como brilla el cuerpo de Leonor), que los dos tercetos enteros son de esta facha:

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,
Baja el cabello de oro *por sus espaldas*
Iluminando el cuerpo que *brilla en suma*
Cual *cincelado* mármol sobre *esmeraldas*...»

Y no da más de sí este Calcaño.
Ni *en suma*, ni en resta, ni en escabeche.

II

Otro recorte de los enviados de El Tocuyo trae una composición de Manuel Eudoro Aybar, la cual tiene por lo menos una cosa buena: que es corta.

Se titula *Nupcial*, y está dedicada á una María.

Verán ustedes si tiene gracia:

«Un día de verano muy ardoroso...»

Y muy ripio; porque la verdad es que siendo de verano el día no hacía falta decir que era ardoroso, puesto que todos lo suelen ser.

Pero como vendrá detrás otro *oso*, el vate creyó conveniente prepararle el camino con ese día *muy ardoroso*.

Los versos por lo demás, como ven ustedes, son del mismo tipo que los de Calcaño.

Seguidillescos.

«Un día de verano *muy ardoroso*
Se encontraron volando dos *tortolitas*...»

¡Qué monada!... Bueno, siga usted, á ver qué sucedió después del encuentro.

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso...»

Es claro; habiendo sido el día *muy ardoroso*, el bosque, para concertar, tenía que ser *frondoso*...

Y como este ripio sólo no bastaba por sí para llenar el verso, hubo que meter otro, y así el bosque, además de *frondoso*, fue *bello* por añadidura.

Bello y frondoso.

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso,
Dentro de él se internaron...»

¡Es natural! Lo raro hubiera sido que se hubieran *internado fuera*... ó que se hubieran *externado dentro*.

¡Qué cosas creen necesario enseñar á uno estos vates!

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso,
Dentro de él se internaron...»

Pero si pasaban por él, ya estaban *internadas dentro*. ¿Qué falta hacía decir que se habían internado dentro del bosque, después de haber dicho que pasaban por el bosque?

Eso es decir las cosas dos veces, y debe sa-

ber el Sr. Eudoro que, *verba repetita... generant candonga*.

Si hubiera dicho que al pasar cerca de un bosque ó al pasar junto á un bosque *bello*, etcétera, se habían internado en él, estaría bien por este lado. Aunque siempre quedaría la redundancia de *internarse dentro*.

Pero así como lo dice, las redundancias ó los disparates son dobles.

Bueno; quedábamos en que un día de verano muy *ardoroso* se encontraron volando dos *tortolitas*...

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso
Dentro de él se internaron *juntas, juntitas*...»

¡Así *Juntas, juntitas*...

¡Niéguenme ustedes que esto tiene gracia!

El vate pudo haber dicho sencillamente que las tórtolas ó las *tortolitas* se internaron en el bosque *juntas*; pero entonces le faltaba el consonante.

Y fue, y con el mismo derecho que había llamado á las tórtolas *tortolitas*, dijo en vez de *juntas, juntitas*, y quedó el consonante hecho y derecho.

Pero aunque el verso tenía ya consonante, no tenía todas las sílabas necesarias, y para enmendar esta falta, en seguida se le ocurrió al vate poner también el positivo *juntas*, inmediatamente antes del diminutivo *juntitas*.

¡Qué agudeza la suya!

Es claro; con un talento así, no hay dificultades para nada.

¿Que de dos versos que deben aconsonantar sale uno acabado en *rosales* y otro en *pucheros*?... Pues se pone en lugar de *rosales rosalitas*, y en lugar de *pucheros pucheritos*, y ya son todo lo consonantes que se necesita.

¿Que el verso de los *pucheros* queda un poco corto?... Pues se pone en lugar de *pucheritos* á secas, *pucheros pucheritos* y ya queda consonante y relleno en la medida necesaria.

La primera parte del sistema, la de apelar á los diminutivos para hacer consonantes, ya la había usado hace muchos años el marqués de Molins, metiendo en una décima todo aquello del *tordillo*, el *cervatillo* y el *sombrerillo*, con resultado casi satisfactorio, según dije en los *Ripios Aristocráticos*:

Quien sobre el fiero *tordillo*
Siguiendo la caza os viera,
Como Diana ligera
Tras el raudó *cervatillo*,
Ya perdido el *sombrerillo*..., etc.

Donde se ve con toda claridad que si aquel peludo y ripioso Marqués hubiera puesto las últimas palabras de los versos en su estado llano ó positivo, si hubiera dicho el fiero *tordillo*, el raudó *cervato* y el *sombrero*, la décima

se hubiera quedado sin consonantes, mientras que con la industria de usarlas en diminutivo, los tuvo completos.

Ahora, lo de acudir para llenar la medida del verso al recurso de poner antes del diminutivo también el positivo de la misma palabra, *juntas*, *juntitas*, eso no sé que lo hubiera hecho el marqués de Molins ni ningún otro desdichado vate, y me inclino á creer que sea invención de D. Eudoro.

Que ya que no inventó la pólvora ha inventado eso.

Y sigue tan campante con su *Nupcial* en esta forma:

«Me dijo un *pajarito* que no *salleron*...»

Se refiere, por supuesto, á las dos *tortolitas* que, pasando por un bosque, se *internaron dentro juntas, juntitas*...

«Me dijo un *pajarito* que no *salieren*
De allí *por* algún tiempo las *tortolitas*...»

¡Y dale con los diminutivos... y con repetir los mismos *consonantitos*!

A más de que la sintaxis también deja bastante que desear, porque la frase «*por* algún tiempo» no se puede usar así con negación, como la usa el vate.

Se puede decir: «Fulano se quedó en mi casa por algún tiempo»; mas no se puede decir: «Fulano no se marchó de mi casa por algún tiempo.» En este caso se dice «en algún tiempo».

Vamos adelante:

«Me dijo un pajarito que no salieron
De allí por algún tiempo las tortolitas,
Y que una mañanita las sorprendieron
Cubriendo dos pichones con sus alitas...»

¡Qué lástima que no hubiera dicho también el vate dos pichoncitos...! ¡Si le hubiera cabido en el verso...!

Verdad es que tampoco le debió de caber el chiste de la cosa, pues tampoco aparece...

A no ser que esté en los otros cuatro versos que faltan.

Pero me temo que no le vamos a encontrar en ellos tampoco.

Dicen los cuatro últimos:

«¡Cazador! cuando veas que van volando
Juntitas por el aire dos avecitas...»

¡Vamos! Y ¿por qué no haber dicho también cazadorcito? ¿Qué privilegio tienen los cazadores para librarse de sufrir en manos de los malos vates la disminución correspondiente?

«¡Cazador! cuando veas que van volando
Juntitas por el aire dos avecitas,
No dispares el arma...»

Mejor sería también el armita, ¿eh?

«No dispares el arma, que van buscando
Lo mismo que buscaban las tortolitas...»

Pues nada: no pareció el chiste.
¡Cuidado que es sosito el Eudorito este!

* * *

Pues tanto ó más es otro vate igualmente venezolano que se llama Jiménez Arraiz, firmante de otra composición, llamémosla así, titulada *Bohemio* y fechada en Barquisimeto.

¡Ah...! y escrita para la revista *Ciencia y Letras*.

Comienza de esta mala manera:

«Allí cantando en lo sombrío de un bosque...»

He de advertir á ustedes, ilustrados lectores, pues sin advertírselo ni siquiera lo sospecharían, que ese renglón que acabo de copiar quiere ser un endecasílabo...

Digo, no: él no quiere serlo, ni á tiros; pero quiere el vate su autor que lo sea.

Si bien es verdad que lo mismo le da quererlo que no; porque cuando se quieren imposibles así, se queda el que los quiere con las ganas y no se sale con la suya.

Que es lo que le pasa al vate este de Barquisimeto...

Figúrense ustedes cómo había de salirse con su idea de que eso fuera un verso endecasílabo, cuando á lo que más se parece es á dos versos, uno de cinco sílabas y otro de ocho, en esta forma:

«Allí cantando
En el sombrío de un bosque...»

Dos versos que suman trece sílabas, y que, como ustedes ven, no son malos cada uno en su clase.

Pero meterlos ambos en un solo verso endecasílabo, es tan imposible como meter á Canalejas y á Moret en un Ministerio y hacer que estén á gusto.

Porque tras de tener que hacer dos sinalefas, habría que quitar además el acento en la i de *sombrío*, con el cual no pueden las dos últimas vocales de esta palabra formar diptongo, y ponerle en la o para que el diptongo fuera posible.

Es decir, que sería necesario leer:

«Alli cantand'en lo *sombrío* d'un bosque...»

y eso de poner *sombrío* por *sombrío*, francamente, me parece demasiada licencia.

No olviden ustedes que este es el primer verso de la composición *Bohemio* del vate Jiménez; de manera que, comenzando así, háganse ustedes cargo de cómo será la continuación y el remate.

Sigamos:

«Allí cantando en lo *sombrío* de un bosque...»

¿Que no se sabe quién es el que canta?
... Bueno, todavía no es tarde; no se impacienten ustedes.

«Allí cantando en lo *sombrío* de un bosque,
Que hermoso asilo al visitante presta,
A un joven guitarrista campesino,
Que asiendo entre los brazos la vihuela,
Dialogaba con ella cariñoso,
Pues parecían hablar aquellas cuerdas...»

Malo; este verso también es duro y malo. Ya me parecía á mí que iba tardando en volver á descarrilar el vate Jiménez.

Al cual, además, se le ha ido el santo al cielo y ha concluído la estrofa ó el párrafo y hecho punto final sin concluir la oración ni ponerla de modo que haga sentido.

Porque en los seis versos copiados que forman la estrofa, ó lo que sea, todo se vuelve

incisos puestos alrededor de un acusativo que no tiene nominativo ni verbo.

Véanlo ustedes.

Primer verso:

«Allí cantando en lo sombrío de un bosque...»

Un adverbio de lugar y una oración incidental, sin agente conocido...

Segundo verso:

«Que hermoso asilo al visitante presta...»

Otra oración incidental que tiene por nominativo el *que*, relativo del bosque.

Tercer verso:

«A un joven guitarrista campesino...»

Acusativo con su preposición y todo.
Cuarto y quinto versos:

«Que asiendo entre sus brazos la vihuela,
Dialogaba con ella cariñoso...»

Otras dos oraciones incidentales de las que es nominativo el *que*, relativo del guitarrista, es decir, del anterior acusativo...

Sexto verso:

«Pues parecían hablar aquellas cuerdas...»

Otra oración incidental de que son nomi-

nativo las cuerdas de la vihuela del guitarrista campesino y joven, y acusativo y...

Nada; no se sabe lo que le pasa al joven guitarrista, etc., porque no parece el verbo de la oración, ni el nominativo tampoco.

A pesar de lo cual el *vate* Jiménez Arraiz hace punto y aparte, y hasta pone pleca, y se queda tan fresco.

¿No será grandísimo babieca?

Después de habernos dejado *in albis* en el primer párrafo, se arranca otra vez en esta forma:

«Abajo, arrullo y notas; allá arriba,
Brillante, hermosa claridad, inquieta...»

Bueno; demasiados epítetos son esos para un sustantivo solo; pero siga usted:

«Tibia la tarde en derredor tendía
Las madejas parduscas de sus crenchas...»

Aparte de que la tarde no tiene *crenchas* ni *madejas parduscas*..., puede pasar...

«Pero de pronto el resplandor del cielo,
Bañando en luz crepuscular la tierra,
La altiva frente del cantor abrasa
Pasando entre las brumas de selva...»
(No se sabe quién *pasa*,
Pero *pase* el cantor, *pase* y... no vuelva.)

¡Mas ah! Esto que era bueno... no sucede.
Sucedo lo contrario.

El *vate* pone otra pleca como si hubiera
concluído y lo dejara definitivamente y se
marchara para no volver... á cantar; pero
vuelve, sí, vuelve en seguida con esta otra
tonada:

«Y al *suave* son de las brillantes notas
Que volaban, *sonúmbulas, dispersas,*
Huyendo de las *sombras invasoras,*
Buscando asilo en lo infinito *inquietas*
(Como la claridad de más arriba
Y como el *vate Arraiz que no sosiega*)
Pareoían al huir de la guitarra...
(Verso más largo ¡ay! que la *cuaresma*)
Pareoían al huir de la guitarra
En lánguido *morendo* las cadencias,
El *meliflúo* registro de los sueños,
El *diapasón divino* de la idea,
El *teclado sublime* de la *gloria...*
Y el diablo que te lleve, mal *poeta;*
Que nos vas á ensartar más *disparates*
Que los ríos y el mar tienen de arenas...

Porque cuidado que es amontonar desati-
nos, todo eso del registro meliflúo y el divino
diapasón y el sublime teclado.

Y aún no había concluído.

«El *meliflúo* registro de los sueños,
El *diapasón divino* de la idea,
El *teclado sublime* de la gloria,
Que en *voladoras, fúlgidas* endechas,
Gallardas, lisonjeras, brilladoras,
Besaban *retozando* mi cabeza...»

¡Y qué descansada le habrá quedado!
Como que en cuanto ha concluído esa es-
trofa vertiginosa é interminable, sale otra vez
y exclama:

«¡Quién pudiera *cantár así cantando!*...»

¡Está bien!... *Cantar así cantando...*

Y vamos andando...

Y veremos que el *vate*, después de otra es-
trofa muy parecida á las anteriores, se enca-
ra con los transeúntes y les dice:

«Guardad silencio los que halléis al paso
Al músico cantor de la *viñuela...*
Callad, que no sabéis qué noble *musa*
En esas notas lo infinito *besa.*
Quizá sea el estro *redentor* del siglo
Que demoliendo tradiciones *llega...*»

¿Sí? ¡Pues vaya una manera de redimir!
¡Demoliendo tradiciones!... ¡Así estamos y así
está el siglo de redimido!...

«Quizá sea el estro *redentor* del siglo
Que demoliendo tradiciones *llega,*
Y levanta su tienda de *bohémio...*
¡Oíd! ya el campo *triumfador* resuena.
Ella es, ella es; callad y *arrodillaos...*»

Sí, para que pase ese verso más largo que
una procesión...

Aunque mejor sería que el *vate* nos hubie-

ra mandado sentarnos, porque el verso ese tarda tanto en pasar...

¡Qué oído el del rate de Barquisimeto, qué oído!...

«Ella es, ella es...»

Un heptasílabo completo.

«Callad y arrodillaos...»

Otro heptasílabo.

Total, catorce sílabas...

«Callad y arrodillaos: ella es, ella es...»

¿Lo ve usted, *vate?*

Un alejandrino perfecto.

Y usted quiere hacer de él un endecasílabo...

Es claro: comiéndose la mitad de las vocales...

Para que lo fuera, había que leerle así:

«¡Ellés ellés: callad y arrodillaos...»
De hinojos recibid la *musa nueva!*

¡Por que usted lo mande!

Pues no nos da la gana de recibirla de hinojos.

La recibiremos á latigazos, y aun á punta-piés, si se pone demasiado cerca.

¡Vaya enhoramala!

La musa demoledora de tradiciones y fabricadora de disparates como esos de usted y otros muchos, no merece otro recibimiento.